



Domínguez

*Luis Quintana Tejera

El demonio del alcohol se apodera de mi cuerpo sediento. El demonio de la lujuria aguarda expectante.

Llegaba muy temprano a la panadería donde trabajaba, siempre y cuando no se hubiera emborrachado la noche anterior. Era un tipo terminado por el alcohol y con recuerdos de una grandeza que nunca había conocido. Vivía en un cuartucho miserable que le prestaba su hermana.

Domínguez se consolaba con dos cosas: unos cuantos pesos en el bolsillo y bares abiertos para gastárselos. Trabajaba por inercia, porque algo tenía que hacer cuando no estaba borracho. Él fue el primero de quien oí decir en Maldonado que era como el mes de enero, porque no tenía ni un día fresco.

Cuidaba los caballos que tiraban de las jardineras repartidoras de pan. Cuando los pobres animales llegaban cansados después de diez horas de dura labor, no estaban de humor para comprender las torpezas de Domínguez, y lo pisaban sin querer con sus patas de plomo, o lo mordían si no les daba rápidamente su alimento. Y es aquí cuando Domínguez se enojaba mucho; le parecía que trataba con seres humanos y los regañaba en su media lengua aguardentosa.

Don Alcibiades lo ponía a veces a apilar la leña que luego sería usada para calentar el poderoso horno de la panadería. Domínguez se astillaba las manos, protestaba, recordaba a sus ancestros y finalmente interrumpía el trabajo para buscar consuelo en una botella.

Los muchachos de la panadería, siempre propensos a la broma pesada y a la burla, le inventaron un día un romance a Domínguez. Convencieron a la Nata para que escribiera una carta con su letra de niña imprecisa y se la hicieron llegar a la pieza de Domínguez. De más está decir que si Domínguez no les hubiera pedido que le leyeran la carta, nunca se habría enterado de lo que decía, porque el alcohol había terminado con sus ojos y por ende con las pocas nociones de lectura y gramática que alguna vez llegara a aprender en los lejanos días de la primaria.

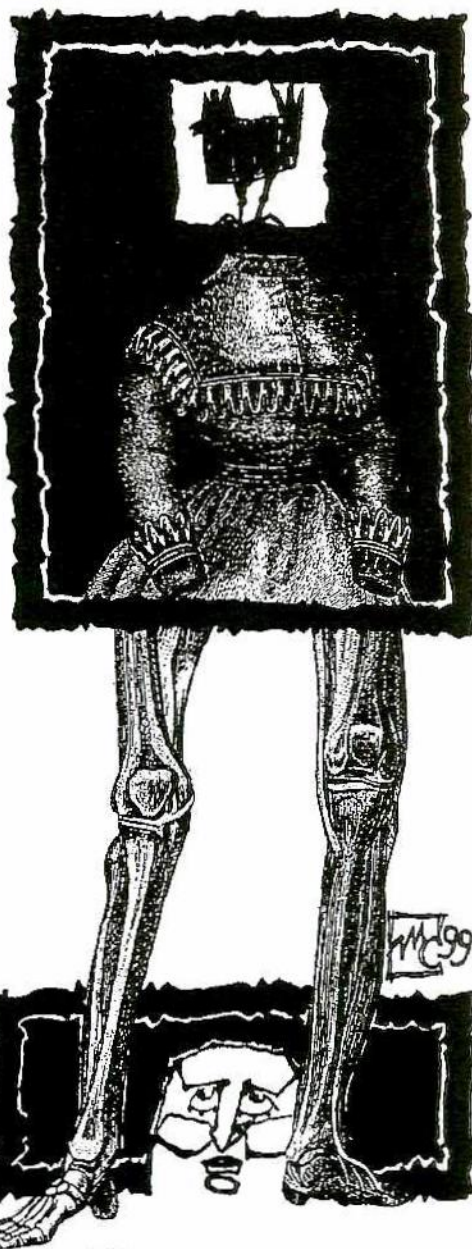
¡Qué feliz estaba Domínguez! Por fin el sexo femenino recordaba que él existía y lo invitaba a una fiesta para "contarse intimidades y darse el uno al otro muestras de insuperable afecto..." Así decía parte de la carta de la Nata, tratando de imitar según su entender algo de lo leído alguna vez en las novelitas de Corín Tellado. Por supuesto, los muchachos lo alentaron y le explicaron que debía prepararse para este increíble encuentro.


El viernes a la noche se veía con su dulcinea en la esquina de las calles José Dodera y Sarandí, junto al árbol en el cual se había subido el loco Bologna después de pedirle a un transeúnte que le encendiera su "cigarro", que no era otra cosa que un cartucho de dinamita. Domínguez estaba verdaderamente excitado con aquella promesa de fuego y hasta se bañó esa tarde. Recuperó -en la medida de lo posible- su presencia de juventud y caminó con esperanzas hacia el lugar del encuentro.

Es muy doloroso observar cómo renace, a veces, el ser humano que duerme en nosotros; Domínguez sólo esperaba verla esa tarde y, presumiblemente hablar con ella, contarle que había estado solo en tantas noches y que al despertar de una de sus habituales borracheras, hubiera deseado tenerla a su lado.

Con su invicta soledad, el desencantado Domínguez se fue a refugiarse en el bar de costumbre, que olía a alcohol y mugre como siempre, y que a él le pareció más triste y solitario que nunca.

Esa noche no se embriagó, no quiso hacerlo, prefirió mantener la lucidez para poder confesarse a sí mismo que hubiera deseado ver y tocar a esa mujer, para hacerla su confidente por una sola hora.



Mientras caminaba tambaleándose hacia su cuartucho, un gato cruzó corriendo a su lado. Domínguez no pensaba, no soñaba ya; se sentía muy solo. En tanto consideraba la posibilidad -poco frecuente- de llegar a trabajar muy temprano a la mañana siguiente, despertó al hecho de que la vida le había ofrecido una vana promesa. Ahora sólo le restaba aceptar el engaño y volver a esperar otro anuncio imposible del destino. 

* Facultad de Humanidades, UAEM.

Correo electrónico: qluis@toluca.podernet.com.mx

Teléfono: (72) 13 14 07.